

BARRIOS DE
LA ESTRELLA Y
VALDEBERNARDO

25 años
creciendo
juntos

CON VOSOTROS
DESDE DICIEMBRE
DE 1995 HASTA HOY

EL INFORMATIVO DE **MORATALAZ**

Mayo 2020 - Año 25 - N° 269 * Tifs.: 91 437 40 43 - 616 73 87 88 * www.informativomoratalaz.com

Encuétranos en.....



[elinformativodemoratalaz](https://www.facebook.com/elinformativodemoratalaz)



[@EMoratalaz](https://twitter.com/EMoratalaz)



[elinformativodemoratalaz](https://www.instagram.com/elinformativodemoratalaz)

“UNA HISTORIA DE MORATALAZ”



En esta edición no vamos a dar noticias; no vamos a hacer reportajes y tampoco entrevistas; y desde luego no vamos a hacer lo que suele hacer un periódico normal... En esta edición vamos a fantasear e imaginarnos otro Moratalaz; vamos a ponernos en una piel distinta pero también muy parecida; y vamos a viajar, desde nuestras casas, hasta donde tú quieras llegar...



EL INFORMATIVO DE
MORATALAZ
CON VOSOTROS
DESDE 1995

PERIÓDICO DE
PROXIMIDAD HECHO POR
Y PARA LOS VECINOS DE
MORATALAZ

**¡Al mal tiempo, buena cara!
Ahora, más que nunca nos
necesitamos, comerciantes y
vecinos. Porque, si los vecinos
consumen en el Barrio, los
comercios podrán sobrevivir y
con el apoyo de los comercios
el periódico podrá seguir
informando sobre Moratalaz.
¡Sólo juntos saldremos de ésta!**



Capítulo 1

<< Las colinas eran amplias y los bosques abundantes. Los arroyos, que se contaban a docenas, emanaban de la tierra y nutrían los terrenos, ricos en minerales y vida.

Tal oasis había permanecido ajeno al mundo durante cientos de años, quizá miles, salvando algunas historias populares que mencionaban la pureza del agua de los cien arroyos.

El éxodo que se venía dando en toda la comarca y las grandes tierras respondía a los continuos conflictos después de la guerra civil y al agotamiento de recursos en muchas zonas antes ricas. Familias enteras se desplazaron a ciudades más pobladas y las que tenían afán aventurero decidieron juntarse y empezar asentamientos desde cero, vagando por las vastas tierras del país hasta encontrar el lugar propicio.

Así fue como un numeroso grupo, compuesto en su mayoría por familias jóvenes, decidió seguir desde distintos puntos del territorio a la Congregación de Hechiceros de Alaz, que lo abandonaron todo por construir esta ciudad, junto a la gente que les siguió.

Y cincuenta años después... aquí nos encontramos >>

La anciana mujer subió el tono progresivamente hasta resonar por cada rincón de "El Hoyo". Una suerte de enorme agujero con asientos en la piedra donde se celebraban espectáculos y eventos.

_ ¡Cuéntanos la historia de los ojos! – soltó una añorada voz que le resultaba muy familiar a ella y a los allí presentes.

_ ¿No te cansas de oírla, verdad? – le sonrió al simpático jovenzuelo con penetrantes ojos claros – Pues bien... por si alguno ha estado despistado estos últimos 50 años...

<< Con el paso del tiempo y el despertar de la ciudad, comenzamos a notar algo que al principio pensábamos que era una simple casualidad...

Quienes llevamos desde el inicio aquí vimos como algunos de nuestros hijos nacían con los ojos claros, cuando en nuestras familias no era lo más habitual. Pasaron los años y lo que era una casualidad se convirtió en algo común, hasta tal punto que los mismos hechiceros decidieron buscar una respuesta al interrogante.

Como ya sabéis, no sólo los que nacían, sino algunos de los que habíamos tenido siempre los ojos oscuros, con los años se fueron aclarando, como por arte de magia...

¿Y qué es la magia sino una mezcla de ingredientes que muchas veces desconocemos?

El agua de los cien arroyos... ¿Os acordáis que así lo llamaban antes?

Las historias populares no iban tan desencaminadas, y sólo hay que ver lo estupendas que estamos.



Una noche como ésta, con el cielo despejado y la luna de un marfil intenso, el Gran Hechicero salió de la fortaleza sin previo aviso. Cruzó por medio del baile de máscaras y, con un toque a su garganta, amplió su voz por encima de todos los demás sonidos. Iba a anunciar el fin de la investigación y por tanto de la respuesta al enigma de los ojos claros...

Mayores y pequeños enmudecieron primero al percatarse de la insólita presencia, y casi sin poder reaccionar, acto seguido ante el anuncio tan inesperado.

"Tras años de investigación", dijo con su voz profunda y potente. "Hemos descubierto el origen de esta peculiaridad, que no sólo se limita al color de los ojos".

Todos, entre las que me incluyo, aguantábamos la respiración esperando cada palabra.

"Como habréis podido ver", continuó el Gran Hechicero, "los habitantes de Morat...">>

Algo parecido a una enorme explosión de luz tiñó el claro cielo de la noche con unos rayos inquietantes. No eran propios de una tormenta ni hacía tiempo para ello.

La anciana se paró de repente y como todos los demás observó inquieta el cielo.

Las miradas de unos y otros se entrelazaron.

La segunda descarga eléctrica no les pilló desprevenidos y vieron como se desarrollaba en ondas que se hacían cada vez más grandes, y que se extendían a lo largo del horizonte hasta donde no alcanzaba la vista.

Los padres buscaron a sus hijos y las caras de miedo empezaron a apoderarse de algunos de ellos, que no entendían muy bien esa tormenta.

Intentando tomar las riendas, Gregoria, que así se llamaba la anciana, tomó la palabra ante el desconcierto.

_ Queridos vecinos, será mejor que nos vayamos todos a casa... Esta tormenta no tiene muy buena pinta...

Con una sonrisa que intentaba disimular su desconcierto, poco a poco consiguió que todos se marcharan lo antes posible.

Cuando se fue el último, Gregoria volvió a mirar al cielo, sin saber qué esperaba encontrar. La "tormenta" de rayos no cesaba, pero por suerte no parecía posarse en la tierra y ya se veía más débil.



Capítulo 2

Al día siguiente no se habló de otra cosa. Unos habían visto la tormenta entera desde que se inició, otros la vieron en algún momento y unos pocos ni se inmutaron al no escucharse ni un solo trueno.

Todos, eso sí, coincidían en lo extraño del fenómeno.

La Lonja ese día alcanzó un bullicio digno de Fiestas y parece que los pequeños ya se habían olvidado del tema. Correteaban de un lado para otro de la Plaza de las Artes, esquivando los cuadros que los artistas del lugar exponían para disfrute de la gente.

Era día de descanso y poco importaba que hubiera amanecido nublado, comer y beber se podía hacer igual de bien.

Gregoria preparó un delicioso arroz con verduras, que junto con la empanada que le acababa de comprar al panadero hizo las delicias de su familia. Sabía que a su hijo y su nuera les iba a gustar, pero la pequeña era más especial, y al final hubo que chantajearla con no dejarla ir por la tarde al "paseo ciudadano".

Y es que El Recorrido de las Libres, que así se llamaba la marcha, sacaba a todo el mundo a la calle y su nieta no se lo quería perder por nada del mundo. Y a decir verdad, ella tampoco. Mucho había tenido que luchar en su vida para llegar hasta aquí.

Mientras tanto...

En la fortaleza no entendían nada. Unos y otros iban dando vueltas, buscando libros, haciendo cálculos, recopilando imágenes... El desconcierto era total, ya que no conocer el significado ni la magnitud de un hecho complica bastante la elaboración de cualquier teoría.

Días atrás habían llegado mensajes de regiones lejanas acerca de tormentas como lo denominaban ellos, "distintas". Pero quién iba a darle más vueltas a una carta que habla del tiempo y además de un sitio tan lejano.

No obstante los detalles que aportaba la misiva obligaban al grupo de hechiceros a tener que buscar más información por su cuenta. Eso sí, teniendo de momento la cautela de que pudieran ser simples descargas eléctricas aisladas y no un problema, como sería en el peor de los casos.

Aún así, si se repitiese, serían las mediciones las que empezaran a determinar la naturaleza del suceso.

De momento sabían lo mismo que los que habían visto más de diez tormentas en su vida: los rayos no hacen ondas, una tormenta necesita nubes y que teniéndola encima algún trueno tendría que oírse. Aventurarse a más, en este momento, era hablar por hablar.

Así que la misión ahora consistía en preparar todos los artilugios posibles para que si se volviese a reproducir, recopilar cuanto más información mejor.

Podría ser hoy, quizá mañana, la semana siguiente o quizá nunca, por lo que finalizado el trabajo, cada hechicero hizo acopio de su material de medición con la responsabilidad de llevarlo encima las veinticuatro horas del día. A decir verdad las existencias en general eran bastante limitadas, pero con algo se tendrían que apañar.

Terminado el día frenético, cada uno se fue a su casa con una sensación extraña, parecida a un hormigueo en el estómago.

Antonio enfiló más rápido que otros días su camino de vuelta. Rodeó la Hacienda de Pavones metiéndose por el sin fin de callejuelas del Casco Viejo hasta llegar a las pequeñas tierras del Corregidor Juan de Bobadilla. Las atravesó de un lado al otro sin tan siquiera inmutarse de la marabunta de gente que había en las calles y finalmente llegó a su casa en el Pico de los Artilleros.

El olor a estofado de su madre, que ya se adivinaba desde el descansillo, le empezó a recomponer un poco, y seguro que ponerse a tocar la guitarra también le vendría bien. << Mens sana in corpore sano >> se dijo mientras cruzaba el umbral de la puerta. Como siempre, su madre puntual al comité de bienvenida, y eso que hoy llegaba un poco antes.

Casi no le dio tiempo a dejar la chaqueta cuando una croqueta le aterrizó en la boca. La masticó como pudo con el agravante del tamaño vasija que tenía y, cuando atragantarse ya era más complicado, le intentó dedicar la mejor de sus sonrisas. Y mira que lo intentó, pero su nerviosismo de momento no lo podía ocultar. Su plan de noche ayudaría a calmarlo. Sin embargo le pilló totalmente descolocado la respuesta de su madre, pues para su sorpresa y desasosiego le devolvió exactamente el mismo intento de sonrisa. Ella ya estaba retirada pero sabía perfectamente cuando algo no cuadraba. Y apostaba lo que fuera a que esa intranquilidad era la misma que sentía él y todos los demás compañeros.



Capítulo 3

Pasaron tres días. Llevaba nublado desde entonces pero hasta el momento no había ni rastro de tormenta de ningún tipo. Hasta que dieron las cinco de la tarde, y el cielo empezó a teñirse de nuevo con rayos en forma de ondas.

Mucha gente a la que le pilló en la calle y pudieron verlo reaccionaron confundidos, como si volvieran a recordar que hace unos días se produjo esta misma extraña tormenta. Antonio sin embargo, que recién salía de comprar en el mercado de la Cañada, asistió horrorizado como ese posible hecho aislado ya no lo era tanto. Y se tuvo que pellizcar para apresurarse a dejar la compra en el banco al lado de la iglesia y sacar sus artilugios para ponerse a medir el fenómeno.

Al día siguiente volvió ocurrir pero a las nueve de la mañana. Pasaron dos días y de nuevo se reprodujo pero a las once de la noche, pillando a la gran mayoría durmiendo. Todo apuntaba a que de caso aislado tenía poco.

El ir y venir de los hechiceros por las calles, nerviosos, portando extraños cachivaches, no ayudaba a calmar los ánimos de los vecinos.

Era inevitable que tres tormentas así en nueve días, y que en todo este tiempo no se haya asomado el sol de entre las nubes amedrentara los ánimos a cualquiera. Por lo que verles en ese estado aportaba todo menos tranquilidad, pues si ni ellos parecían tener respuestas...

Y para colmo de Gregoria tenía a dos de sus mejores amigas en cama que no se podían ni levantar. Y mira que son puro nervio que si pueden estar en la calle antes que en casa ahí las veras, o sino bailando en el Chillida. Pero no siempre somos infalibles, y todos en algún momento podemos enfermar. Así que hizo un buen perolo de sopa, carne con verduras y un enjambre de magdalenas y dedicó toda la tarde a hacer la ruta por ambas casas para llevarlas la comida y hacerlas compañía.

Al igual que ella, sus amigas pasaban de los 80 y una tenía a su marido pero ya muy viejito y la otra era viuda. Así que mientras respetase la salud siempre podrían contar con ella, llevaban tanto tiempo juntas...

A la primera la notó baja de fuerzas y parecía tener fiebre pero, en cuanto la picó un poco, su carácter explosivo no se lo pensó dos veces y saltó al trapo con ganas, así que por suerte tampoco estaría tan mal.

La otra sin embargo daba síntomas de estar peor, pues también estaba cansada y con fiebre pero además la costaba algo respirar. Aún así hizo todo lo posible por levantarlas el ánimo y, como siempre, consiguieron pasar un agradable rato.

De vuelta a casa, de repente Gregoria paró en seco, se tuvo que sentar en un banco y durante unos instantes se sujetó la cabeza con las dos manos. Acababa de caer en algo que al principio no creía posible pero que cada vez estaba más claro en su cabeza. No podía equivocarse en eso, llevaban juntas desde hace más de 40 años. Pero entonces qué explicación se le podía dar... No era posible, o al menos que supiera ella. Sin embargo o le fallaban sus sentidos o su amiga, que con los años se le habían aclarado los ojos, hoy los tenía considerablemente más oscuros. Por eso la veía algo distinto además del aspecto propio de alguien que está enfermo. Pero ¿era eso posible, en cuestión de días? Que se les aclarasen había tomado años y años. No tenía demasiado sentido. ¿Sería producto de la enfermedad?

Por si fuera poco el fenómeno de los rayos, les habían convocado a ellos, los curanderos y los guardias de la ciudad el mismísimo Gran Hechicero, en representación de la Junta de Nobles.

El ambiente de tensión al entrar al Salón de Juntas se podía hasta masticar. Tanto unos como otros miraban insistentemente a la puerta por donde debía aparecer el portador de noticias, ansiosos y a la vez temerosos de lo que estaba por venir. Nada bueno desde luego. No se hizo esperar demasiado y las puertas se abrieron pocos minutos después, mostrando el paso firme y ligero del Gran Hechicero. Un hombre enjuto ataviado con una túnica blanca llena de dobleces, con una cara cubierta de arrugas que, cual vetas de árbol, reflejaba los muchos años que debía tener.

_ Gracias a todos por venir. Por desgracia, no traigo buenas noticias... - hizo una breve pausa para examinar las caras de los presentes, confusas, algunas miedosas, y prosiguió - Con los datos proporcionados por todos los cuerpos estamos casi seguros que existe una correlación entre los extraños fenómenos eléctricos y la gran cantidad de personas que están enfermando con síntomas muy parecidos. A muchos de los allí presentes les pilló por sorpresa ese último dato y tanto a estos como a los demás definitivamente el anuncio de que ambos hechos guardaban relación.

_ Imagino vuestra primera pregunta. Podría entender vuestro recelo inicial. Pero además de los datos que hemos analizado nos han llegado varias misivas de distintos lugares, unos más lejos que otros, donde se está repitiendo prácticamente el mismo patrón de hechos que aquí...

El ligero murmullo que recorría la sala enmudeció esperando el siguiente anuncio, sumiendo a todos en un silencio sepulcral.

_ Por eso, por el poder que se me ha sido otorgado y en representación de las máximas autoridades, decreto el cierre total de la ciudad y el confinamiento de toda la población en sus casas. Hasta nueva orden.



Capítulo 4

Nadie entendía nada. Quien iba a imaginar estar encerrada sin poder salir, sin poder hacer tus cosas, sin poder ver a tus seres queridos... De repente, de un día para otro. Su casa se le hacía grande sin más gente que ella, y pequeña sin más horizonte que las cuatro paredes. No sabía nada de su familia ni de sus amigas ni de nadie que no fueran los vecinos más cercanos.

Y para colmo la absurda obligación de tener las cortinas echadas en todo momento. La sensación de ahogo en alguna ocasión hacía que lo pasara mal. Pero ella era fuerte.

Cuatro días habían pasado desde el cierre total y cientos, quizá miles, de pensamientos habían rondado por su cabeza. Su mente burbujeante siempre había sido así, por lo que estar todo el día en casa metida podía ser o muy bueno o muy malo. Todo dependía de ella.

Algo la decía que iban a estar más de una semana, por lo que optó por establecerse rutinas y momentos especiales.

Cogió una hoja y un lápiz y empezó a escribir una lista con objetivos y retos. Apuntó todo lo que se le pasaba por la cabeza. Como por ejemplo leerse todos los libros que le habían prestado, cocinar para ella y sus vecinos de bloque, volver a escribir sus famosas cartas...

La sorprendió gratamente en uno de sus quehaceres los bonitos y sonoros cantos de los pájaros. Recordó cómo años atrás, cuando su hijo era pequeño, iban buscando por todos los parques los distintos pajarillos para identificarlos. Él siempre se quedaba fascinado por que su madre se sabía todo los nombres y a ella le conmovía la alegría de sus cantos y como inundaban las calles con sus notas.

Con el paso de los años, el crecimiento en población y el ajetreo de la ciudad, los cantos dieron paso a la sinfonía del ser humano. Y posiblemente seguirían cantando, pero ya como nota lejana en segundo plano.

Sin embargo ahora se escuchaba todo... Los verderones y las cotorras argentinas como coros inagotables; los picapinos y los pitos reales ponían la percusión a su antojo; la urraca era un cantante de heavy trasnochado, y los jilgueros y petirrojos iban turnándose con sus temas. Y ya para los que no podían dormir, velada íntima con el autillo del parque del lago.

También de cuando en cuando escuchaba las pisadas de los pocos que podían salir a trabajar: unos a cuidar los animales y recolectar la huerta, otros a recibir los suministros de ciudades cercanas, otros a tareas de mantenimiento, además de los guardias, curanderos y hechiceros.

Si bien sabía que no lo podía hacer, en alguna ocasión echaba un ojo al exterior. La impresionó ver las calles vacías y tristes, con un cielo continuamente nublado. Aunque quizá lo que más impresión le dio fue ver a la gente como tenía que salir a la calle. Todos, sin excepción, cubrían cada centímetro de su cuerpo y tenían que ponerse en la cabeza una gorra o un gorro con alas. Además debían mirar en todo momento al suelo, al parecer según la vecina del 1º para evitar así ver el cielo. Y tenía su lógica, pero no dejaba de ser una imagen bastante decadente.



_ No te puedo decir nada mamá – repitió Antonio con un nudo en la garganta y en el estómago.

Su madre no estaba muy conforme con las explicaciones, a diferencia de su padre, a quien le daba un poco igual todo.

_ Sabes un poquito más que los demás y un poquito menos que yo – insistió.

_ Pero es que sigo sin entender porqué ni puedo abrir las cortinas ni tan siquiera charlar en casa con la vecina de arriba...

Antonio tampoco es que supiera mucho más pero su madre era de las que hasta que no conseguía lo que buscaba no iba a parar.

_ Mira mamá, tú que has trabajado en lo mismo que yo sabrás que al principio todo son teorías y que los datos no siempre se comparten. Aún así, ¿que sabemos?

Su madre sonrió tímidamente porque con su hijo siempre había sido igual. Desde pequeño. Bastaba con presionarle un poco para que empezara a cantar...

_ Lo primero – prosiguió Antonio – es que las ondas del cielo no tienen el espectro de un rayo, por lo que sabemos que su naturaleza no es la misma. Además hemos comprobado que absolutamente todos los que padecen la enfermedad que está afectando a tanta gente han presenciado la tormenta, por lo que puede guardar relación. También que sus síntomas son fiebre, cansancio, falta de respiración y oscurecimiento del iris del ojo. Y sospechamos que se puede transmitir la enfermedad por contacto...

_ Osea que entonces por eso... - durante unos instantes se quedó pensativa aunque rápidamente un pensamiento que la asustaba le cambió el semblante - ¿Y esa enfermedad es muy grave? ¿Alguien ha...?

A estas alturas tuvo que decírselo.

_ Sí, mamá. En lo que llevamos de semana cerca de unas 30 personas...



Capítulo 5

Con paso decidido, Antonio se dirigió al despacho de su responsable. << Las cosas tienen que cambiar >> se decía insuflándose fuerzas. La adrenalina le recorría el cuerpo pensando en lo que estaba a punto de hacer.

Sin embargo, al cruzar el umbral de la puerta, una parte de él se derrumbó, viendo como le recibía su superior.

Un hombre recio, grande y casi siempre con un tono alto y ciertamente agresivo hablando, se recostaba cual gatito en su butaca, mirando con tristeza y algo de desgana unos papeles.

– ¿Se encuentra usted bien? – preguntó irremediamente.

– Tiene pinta de que no, Antonio. Pero hay que seguir trabajando. No podemos quedarnos de brazos cruzados... - durante un momento desvió la mirada hacia él, observándole con unos ojos bañados en cansancio. – Quieres algo, ¿verdad? Conozco esa expresión.

Tomó aire, se aclaró un poco la boca y se dispuso a soltarlo.

– Señor, no podemos dejar a la gente así... No saben qué está pasando, muchos no saben que están muriendo personas. Les pedimos que se queden en casa pero no explicamos bien por qué. Les pedimos que ni vean a través de las ventanas ni que hablen con sus vecinos y no saben a cuento de qué. Por no hablar de la gente que no pueden pagar la comida que ahora se les raciona, por muy barata que se haya puesto, ya que no pueden trabajar...

Un brillo en los ojos de su jefe le inquietó, no sabía si para mal o para bien. Cogió algunos papeles, leyó algo durante un par de

minutos, que a Antonio le pareció una hora, y finalmente carraspeo, a punto de dar su veredicto.

– No eres el primero que me dice esto mismo. Claro que, al igual que le dije a tus compañeros, ¿quién se va a encargar de hacer todo esto? Ninguno de los tres cuerpos nos podemos dedicar a algo que no sea nuestras funciones. Ni tampoco sobreeponernos demasiado.

Antonio pensó lo que iba a decir durante unos segundos. Conocía a su jefe y sabía que si no hubiera previsto su respuesta de antemano ahora mismo tendría que irse con el rabo entre las piernas. Pero hoy no era ese día.

– La gente. La respuesta son los vecinos. Confiando en ellos y no tratándolos como niños pequeños se podría hacer. Aquello no se lo esperaba. Podía notar que le miraba intrigado.

– Deberían saber toda la verdad y contar con ellos para llegar a donde nosotros no podemos. – Continuó - Si no, dudo mucho que salgamos "bien" de ésta... Además, contamos con la ayuda de un grupo de vecinos con los que he hablado y que van a ser esenciales para llevar a cabo esto.

Una sonrisa se coló en los labios de Antonio. Presentía que había dado con la tecla.

– ¿Y bien? ¿Qué grupo de vecinos es ese que está dispuesto a correr semejante riesgo?

– El único al parecer que no puede enfermar directamente... los invidentes. Que además se conocen las calles de maravilla.



Gregoria estaba echándose una cabezadita cuando de repente oyó una voz proveniente del exterior.

Salvando los murmullos de la gente al irse a trabajar, pocas voces de personas se escuchaban en la calle. Lo curioso de ésta que acababa de desvelarla es que parecía dirigirse a la gente, pues además de poderosa empezaba a discernir algunas palabras. << ¿Quién sería ese loco? >> Poco iba a tardar los guardias en pillarle, eso sí, como al hijo de la del tercero, que no aguantaba más, salió, le pillaron y aún no ha vuelto a casa.

Poco a poco fue afinando el oído y despertándose, hasta conseguir escuchar lo que estaba diciendo.

El vocero repitió su discurso hasta tres veces y una vez concluido pareció alejarse. Al rato se le intuía más lejos pero ya era imposible entenderle.

Tras escuchar todo bien, Gregoria se encontraba entre aliviada por conocer la verdad y asustada por ver la gravedad del asunto.

Pero el hecho de saber cuán difícil estaba la situación la hizo comprender que o la gente ponía de su parte o las cosas iban a ponerse peor, y muchos se quedarían por el camino...

Poco antes de que se pusiera el sol, una segunda persona, por la voz distinta a la anterior, se presentó como el nuevo cartero que les iba a ayudar a comunicarse entre vecinos.

Hacia al menos cinco días que no sabía nada de nadie y no sólo estaba preocupada por su familia, sino también por sus amigas, que la última vez que las vio estaban de aquella manera. Y hasta ahora no había habido forma de comunicarse.

El cartero dijo que iba a pasar cada día así que no perdió el tiempo y se puso a escribir cartas a todo el mundo: a su hijo, su nuera, su nietecita, sus amigas, una sobrina que vivía a cuatro manzanas, al párroco y al Gran Hechicero...



Capítulo 6

Habían transcurrido 5 días desde que había enviado sus cartas y todos salvo una de sus amigas y el Gran Hechicero la habían contestado. Por suerte estaban todos bien.

No obstante el párroco, que confiaba mucho en ella, no pudo evitar transmitirle su angustia. Le habían llegado bastantes cartas de creyentes y no creyentes pidiéndole ayuda para comer. La situación se estaba poniendo difícil para los que no podían trabajar y por tanto pagar la comida que todos los días traían en un carro los guardias. Y los niños, que no podían co-retear ni apenas distraerse en sus casas, además tenían que soportar no poder llevarse nada a la boca.

Esa carta le hizo estar todo el día dándole vueltas a la cabeza. Eran sus vecinos, los mismos a los que había necesitado en algún momento, compartido con ellos buenos ratos, celebrado fiestas y bailes o simplemente vivido puerta con puerta, calle con calle, y con las mismas necesidades que ella. No podía quedarse de brazos cruzados, no al menos sin intentar ayudar.

Pasó el día siguiente igual, con su mente enfocada en el problema. Este ejercicio la sirvió para ampliar su enfoque y darse cuenta de que algunas cosas, bien llevadas, podrían ser una solución, al menos temporal. Aún así tuvo que transcurrir el día entero para que terminase de perfilar los detalles de su propuesta.

En vista de que el Gran Hechicero no se pronunciaba, Gregoria se apostó en la ventana durante toda la mañana siguiente esperando ver a algunos de sus trabajadores. Sabía que no podía hacer eso pero en estos momentos creía necesario arriesgarse.

Antonio acaba de comer y, como ya era habitual en su trayecto a la fortaleza, tomó el camino más rápido ataviado con su traje y su gorro especial que le habían proporcionado.

Antes le gustaba pasear y tomárselo con calma, le gustaba mucho su ciudad. Solía meterse por las callejuelas y casi siempre encontraba un rincón nuevo o una zona que no había pisado antes. Cual laberinto, muchas veces las calles serpenteaban sobretodo en el Casco Viejo y la Hacienda de Pavones, aunque las callejuelas cerca del Arroyo Fontarrón tampoco se quedaban cortas. Sin embargo, desde que empezó todo esto la situación le pasó por encima y los desvíos de su ruta se quedaron en un lujo de otro tiempo.

Al menos se alegraba de haber convencido a su jefe y él a la Junta de Nobles para cambiar la estrategia y que fueran más transparentes con sus vecinos. La ayuda de las personas invidentes desde luego que había supuesto un soplo de aire fresco para todos. Pues no sólo se quedaron en transmitir el nuevo mensaje a todos los vecinos, sino que además se ofrecieron a hacer las veces de carteros y continuar siendo voceros en caso de que lo necesitasen. De hecho, tres de ellos que tocaban instrumentos y cantaban se ofrecieron a hacerlo por las calles, llevando la música a las casas de los vecinos y levantándoles el ánimo.

Si a eso le sumas la táctica que estaban a punto de usar cuando volviese la "tormenta" de rayos, se podría decir que estaba algo más animado que hace una semana.

De repente oyó una voz a lo lejos que parecía llamarle.

– Chicooo. ¿Me oyes? – gritaba una voz que parecía de una señora mayor.

Antonio intentó localizar con el oído de donde venía la voz, no tenía permitido mirar más arriba del suelo.

– Estoy aquí – continuó la señora – Necesito hablar contigo.

Poco a poco fue localizando de donde provenía el sonido hasta estar casi seguro. Se acercó despacio mientras la señora seguía llamándole hasta situarse en frente de su ventana.

– Señora, ¿está usted aquí?

– Así es hijo, entra al portal y sube al 2º A por favor. Necesito contarte algo muy importante.

Antonio dudó por unos instantes pero, como nadie le iba a ver, nada podía perder dedicándole unos minutos a la señora.

Subió los peldaños de dos en dos hasta llegar al descansillo del segundo piso.

No tuvo que llamar a la puerta; se abrió mostrando a una risueña señora mayor que le invitó a entrar.

– Buenas tardes joven, mi nombre es Gregoria y necesito hablar contigo...



Capítulo 7

<< Una noche distinta a ésta, con el cielo despejado y la luna de un marfil intenso, el Gran Hechicero salió de la fortaleza en medio de la fiesta de máscaras. Cruzó a través del baile y, con un toque a su garganta, amplió su voz por encima de los demás sonidos. Iba a anunciar el fin de la investigación y por tanto de la respuesta al enigma de los ojos claros...>>
_ Queridos vecinos... Hoy quien habla y la escucháis no es el Gran Hechicero como en aquella ocasión. Aunque sí es gracias a su poder junto al de los demás Alaz que esta comunicación sea posible.

_ Soy - Gregoria se lo pensó unos segundos y miró a Antonio a su lado, concentrado en su tarea -... una vecina que está viviendo lo mismo que vosotros. Y gracias a que me dan esta oportunidad, deseo ayudar con lo que sé hacer: contar historias... - la anciana cerró los ojos y prosiguió con el relato.

<<Mayores y pequeños enmudecieron al percatarse de la insólita presencia, pues el Gran Hechicero rara vez salía de la fortaleza, y no se le esperaba en el baile de máscaras. "Tras años de investigación" dijo con su voz profunda y potente que resonaba por todo el recinto de fiestas. "Hemos descubierto el origen de esta peculiaridad, que no sólo se limita al color de los ojos".

Todos, entre las que me incluyo, aguantábamos la respiración, esperando.

"Como habréis podido ver", continuó el Gran Hechicero, "los habitantes de Moratalaz somos los más longevos de todas las demás regiones de la meseta. Tenemos una energía y una vitalidad distinta, que hasta nuestro cuerpo manifiesta.

Las primeras historias sobre estas tierras hablaban de la pureza del agua de los cien arroyos. Una letanía que sonaba por la comarca no más distinta que la de otros lugares con aguas cristalinas. Sin embargo, tras recurrentes sueños dentro de la Congregación de Hechiceros de Alaz supimos que teníamos que peregrinar hasta aquí. Aun sin saber por qué ni de dónde venían esas historias sobre sus aguas; ni tan siquiera si la "pureza" se trataba en sentido figurado o verdaderamente literal...

Pero vinimos, pese al salto de fe que eso suponía, y vosotros nos seguisteis, también en un auténtico acto de fe. Con los años descubrimos la existencia de un asentamiento anterior a éste, mientras notábamos como nuestros cuerpos iban cambiando poco a poco. Retazos de un pueblo que empezó a vivir cerca del arroyo de las Moreras y acabó poblando gran parte de la extensión de los cien arroyos. Un pueblo olvidado para la Historia, al que le siguió tiempo después otros pequeños asentamientos. Y lo único que trascendió fue precisamente su secreto: la leyenda de sus aguas.

Pinturas encontradas de personajes de ojos claros bebiendo el agua de los arroyos y la inusitada inclusión de gran cantidad de ancianos nos pusieron en la pista. La investigación acerca de la composición del agua y su efecto en plantas nos reveló la singularidad en su estructura. El paso de los años y ver cómo nos mitigaba enfermedades, nos aportaba vitalidad y también longevidad probaba sus efectos. Que nuestros ojos fueran tornándose claros nos conectaba con las representaciones de lo que fue el primer asentamiento, y nos hacían ahora protagonistas y responsables de lo que fuera a pasar en estas tierras. El agua de los cien arroyos verdaderamente hacía honor a su leyenda, y nosotros experimentamos cada día sus efectos. Los ojos claros se manifiestan por nuestra vitalidad desbordante; por nuestra fuerza para afrontar las situaciones en las que nos pone la vida. Por eso, sintámonos orgullosos y agradecidos del regalo que nos ha dado estas tierras, estas aguas. Por eso, debemos estar a la altura como pueblo y como habitantes de Moratalaz."

Durante unos segundos – prosiguió la anciana emocionada - se hizo el silencio, antes de que empezaran a brotar los primeros aplausos. El Gran Hechicero hizo un acto de reverencia a los allí presentes, sonrió satisfecho y tomó su camino de regreso a la fortaleza, mientras los aplausos cada vez se oían más y más.

Esa noche la fiesta no acabó, y durante dos días más, todo Moratalaz siguió de celebración, contentos de vivir en el que posiblemente fuera el mejor lugar del mundo. >>

Gregoria se secó las lágrimas y miró con ojos tiernos a Antonio. Había contado la historia cientos de veces pero en un momento como éste no pudo evitar emocionarse. Y a la vez sentir, más que nunca, una necesidad visceral de aferrarse a lo que significaba esa historia, a lo que era ser de Moratalaz: resistente, fuerte, vital, decidida... Y eso iba a hacer ella. Ella iba a seguir luchando.

Antonio sintió que Gregoria ya había terminado y retiró el artificio mágico de la garganta de la mujer. Notó como su propia

energía y la de los demás hechiceros se desincronizaba, trayéndole de vuelta a la realidad. Poco a poco empezaba a ver, a oler, a escuchar. Y lo que parecía un sonido lejano cada vez se sentía más cercano, más intenso, y venía de más y más sitios. Una mezcla de orgullo y alegría recorrió el cuerpo de Antonio al darse cuenta de lo que estaba pasando. Miles de aplausos resonaban por las calles. Cada rincón, cada casa, reproducía las palmadas a cada cual con más ganas. Se trataba de un sentir general, una reacción espontánea que ponía los pelos de punta a cualquiera. Un precioso gesto de unión...

Joven y anciana se miraron con dulzura. "Parece que ha sido una buena idea" pensó el chico mirando con orgullo a la impulsora.

Los aplausos cada vez se oían con más fuerza.

Eran las ocho de la tarde y desde ese día, todo el mundo recordaría esa hora...





Capítulo 8

El ánimo era el oxígeno del alma. Y con cada pequeña acción la gente parecía recuperar un poco de sí misma. Cuando los estragos psicológicos del aislamiento empezaban a pasar factura, aparecieron los invidentes de Moratalaz, una suerte de carteros y mensajeros de noticias. Además, algunos de ellos, músicos, recorrían las calles con sus guitarras, laudes y trompetas haciendo las delicias de los vecinos. Después, desde aquel día que la gente empezó a escuchar la voz de la "Vecina Cuentacuentos", a las ocho de la tarde mayores y pequeños se juntaban en el salón para no perderse sus historias. Y aplaudían con ganas al terminar de contarla. Los hechiceros acababan agotados cada vez que tenían que juntar sus mentes y transferir su poder al artilugio que

Antonio ponía a Gregoria en su garganta. Pero gracias a ello, la voz de la mujer resonaba por toda la ciudad y, por la reacción de los vecinos, parecía levantar el ánimo o al menos hacer viajar a la mente fuera de las cuatro paredes de casa. Aún así la situación era la que era, y la enfermedad si bien había dejado de extenderse tanto todavía dejaba cientos de afectados. La gente seguía muriendo; no parecía encontrarse cura. Y los que estaban sanos se seguían desesperando, pues estar encerrado en casa no era fácil de llevar al principio, y semanas después menos aún...

Sin embargo, cuando volviesen los rayos los hechiceros iban a probar algo nuevo. Tras días y días tomando mediciones de la tormenta y cientos de cálculos después, tenían la esperanza de que esta nueva táctica empezara a hacerle frente.

Según sus investigaciones, la radiación que emanaba de los rayos se retroalimentaba de las nubes, que después de la primera aparición no se habían quitado del cielo. Esto provocaba que se diera con más frecuencia y mayor intensidad. Parecía evidente que si bien ellas no fueron la causa del fenómeno sí las que lo mantenían vivo y peligroso. Y contra ellas iría dirigido su primer ataque, gracias a la fórmula que habían desarrollado con el agua pura de los cien arroyos y los sortilegios del Gran Hechicero.

Absolutamente todos los hechiceros, que días atrás habían tenido que llevar sus herramientas de medición en todo momento, ahora debían portar su nueva arma. Porque daba igual qué momento fuera, la tormenta podía aparecer y tenían que estar siempre preparados.

Una actitud que se tomaba muy en serio Antonio, llegando al punto de dormir pocas horas para que no pudiera pillarle desprevenido. Y es que cada oportunidad aprovechada podía ser un paso más para ganarle la batalla.

Y eso que tampoco le apasionaba la idea de tener que mirar directamente al cielo para apuntar su arma, aunque sólo fuera por un segundo. De momento no habían sido capaces de obtener un material transparente que no filtrara esa radiación. Pero asumía lo crucial de su papel.

Tocaron las siete de la tarde y Antonio se presentó como todos los días en casa de Gregoria. Esa mujer, que le abordó con su apabullante entusiasmo aquel día, había conseguido convencerle a él y a sus superiores para que le permitiesen usar el poder del Gran Hechicero para contar historias a los vecinos... "Increíble" – pensó mientras subía las escaleras al segundo piso.

Cada vez que lo recordaba no se lo creía; ahora que el resultado había sido inmejorable. Se podía notar en el ánimo de la gente.

Como todas las tardes, Gregoria le ofreció algo de picar con su habitual sonrisa. Aunque hoy la notaba algo intranquila. La mujer, con convicciones fuertes, no solía entrar en temas personales negativos, pero esa tarde parecía necesitarlo.



Y tras varios intentos finalmente acabó por reconocerle que andaba preocupada por sus dos amigas: una de la que no sabía nada desde antes del confinamiento y otra que desde hacía una semana no le enviaba carta alguna.

– Haré todo lo que pueda por saber de ellas, te lo prometo Gregoria – dijo Antonio cogiéndole las manos a la tierna anciana.

La mujer le agradeció el gesto con una caricia, y con una sonrisa se preparó para su relato de hoy. Como siempre al acabar, la calle se sumió en aplausos y gritos de hasta mañana. Y a punto estaban de despedirse Antonio y Gregoria cuando por el raballo del ojo el joven percibió que el cielo se teñía de destellos.

"Ha llegado el momento" – se dijo con el corazón acelerándose desafortadamente.

Con un brinco que sorprendió a la mujer cogió de su bolsa el instrumental y con otro salto se lanzó al marco de la ventana.

Apuntó al cielo con el artilugio, parecido a un reloj de arena, aunque con agua, y durante un instante pudo ver las ondas de los rayos extenderse como si de olas se trataran. Al segundo retiró la vista y empezó a recitar en una lengua extraña unos versos que se repetían cada dos pausas.

De pronto, al segundo verso, el artilugio comenzó a brillar, y conforme se sucedían las palabras aumentaba su intensidad más y más. Podía sentir como el poder en sus manos iba creciendo, a la vez también que el suyo se iba debilitando.

Ya le habían advertido que ese instrumental se iba a alimentar de parte de sus fuerzas y que le debilitaría. Claro que justo después de utilizar todos parte de su poder para amplificar la voz de Gregoria resultaba de lo más inoportuno. Pero no había otro remedio que enfrentarse a ello. El artilugio pareció alcanzar su límite y finalmente un potente haz de luz salió de él, golpeando con fuerza el cielo. Decenas de rayos se sumaron al suyo, y durante unos minutos una luz cegadora tiñó las alturas.

Sólo cuando el artilugio empezó a tintinear, lo que indicaba su límite antes de romperse, bajaron las manos los hechiceros y el cielo volvió a oscurecerse. Los rayos seguían ahí, pero habían librado la primera de las batallas, no se rendirían tan fácilmente.

Antonio miró exhausto pero orgulloso a Gregoria. "Esto lo venceremos" – se dijo antes de desmayarse.

Capítulo 9

Ver al joven hacer semejante esfuerzo la sacó durante un momento de la intranquilidad que la rondaba. No sólo él sino todos los demás hechiceros estaban haciendo un trabajo verdaderamente sacrificado.

Tan pronto se recompuso, el joven cogió su instrumental y se marchó a casa, pese a la insistencia de Gregoria para quedarse un rato más.

La mujer no pudo evitar sonreír al pensar en las vueltas que daba la vida, y como en cuestión de días la imagen un tanto fría que tenía de los hechiceros había cambiado completamente. Casi con toda seguridad eran los que más se estaban jugando el tipo en esta "guerra" y lo de ese joven era ya para quitarse el sombrero.

A la mañana siguiente, poco antes de alcanzar el mediodía, el amable cartero llamó como siempre para que los vecinos bajaran a por sus cartas. A ella le gustaba recibirle con algún bollito en señal de agradecimiento, pues gracias a él la gente podía mantenerse comunicada y levantar un poco el ánimo. Desde hacía unos días, más concretamente desde que empezó a contar historias, vecinos de todas partes de la ciudad empezaron a mandar cartas a la "vecina cuentacuentos". Unos la daban las gracias, otros les sugerían historias que contar y algunos pocos se ofrecían a ayudar en lo que se pudiera.

El cartero sacó la bolsa que correspondía a su bloque y además de un montón de cartas extrajo un paquete de proporciones tirando a grande.

Gregoria vio que tanto el paquete como una docena de cartas venían para ella. Lo que más le picaba la curiosidad era evidente, así que no tardó mucho en abrirlo.



Ante su sorpresa, pues se esperaba algo bastante distinto, se encontró un trozo de tela doblado de unos 30 metros de largo, color marrón café. Estaba hecho a remiendos y tenía pinta de haber sido decolorado para obtener ese color. Al extenderlo como pudo en el salón una carta cayó de entre uno de sus pliegues.

Intrigada, Gregoria se apresuró a recogerla, se limpió las gafas y se acomodó en el sofá.

<< Querida vecina, gracias en primer lugar por tus bonitas historias. No sólo nos haces viajar fuera de nuestras casas sino que a muchos nos inspiras con lo que cuentas.

Un grupo de vecinas, animadas por tus palabras, nos hemos carteadado estos días y te hemos querido mandar una propuesta para que se la traslades a los hechiceros, si tú lo ves bien...

¿Y si pudiéramos juntar entre todos los vecinos el mayor número posible de sábanas y telas y con ayuda de los hechiceros colocarlas entre los edificios? Nuestras casas están muy juntas y de esa forma podríamos salir a la calle, algo que todos deseamos con fuerza.

Ojalá la idea funcione. Cuenta con nosotras y seguro que cientos de personas más.

Cuídate mucho vecina cuentacuentos. >>

A Gregoria se le iluminó la cara. "¿Y por qué no?"

Le habían avisado de primera mañana, antes incluso de que empezara el primer turno. No se lo podía creer...

Avanzó bordeando la Hacienda de Pavones como alma que lleva el diablo y en pocos minutos vislumbró a lo lejos el hospital de Pavones, el lugar a donde estaban llevando a todos los afectados.

Enfiló rápidamente hacia la recepción cuando uno de sus compañeros le interceptó por la espalda. Por su mirada no parecía que las cosas fueran bien.

No mediaron palabra hasta que llegaron a la puerta de una de las habitaciones.

_ Antonio, amigo, siento que no hayas llegado a tiempo... - su compañero era incapaz de mirarle a los ojos. Una pequeña lágrima se deslizó por su mejilla - hace unos minutos el jefe no ha podido más. Aun con la enfermedad usó ayer toda su energía para luchar contra la tormenta... y su cuerpo no ha podido recuperarse.

Una fría espada le atravesó de lado a lado. No podía creer que el jefe hubiera muerto. Él no.

Miró a sus compañeros sin querer creérselo pero las caras no dejaban margen de duda.

Atravesó la puerta y ahí le vio, en la cama, tumbado. Y no pudo evitar que un torrente de lágrimas anegaran sus ojos. Él le había enseñado lo que sabía y siempre había cuidado de todos, a su manera, pero como un auténtico líder.

Permaneció unos minutos a su lado, agarrando su mano, pensando en miles de cosas, recuerdos, mezclándose con sentimientos de rabia, de impotencia, pero sobre todo de profunda tristeza...

Y no se percató de una presencia que acababa de entrar en la sala hasta que la tuvo justo a su lado.

_ Ha sido una terrible pérdida - dijo con una voz profunda y triste - este hombre ha sido y es un ejemplo para todos.

Antonio levantó la cabeza y vio la cara del Gran Hechicero mirándole con ojos vidriosos pero serenos, siempre serenos. No pudo más que asentir, no le salían las palabras.

_ Eres Antonio, ¿verdad? El hijo de la hechicera Alicia - Antonio volvió a asentir, extrañado de que le conociera - Sé que es un momento muy duro para ti y para todos, pero esta guerra no nos va a dar tregua. Aún así no he tomado la decisión a la ligera... ¿Querías honrar su memoria asumiendo su responsabilidad?

Capítulo 10

Cuando las calles se oscurecían por la ya siempre nublada noche y los guardias reducían sus efectivos paseos a la mitad, un grupo de personas ataviadas con sacos y cestos recorría las calles de Moratalaz.

Agazapados entre las sombras iban peinando las calles siguiendo una ruta bien aprendida.

Uno de ellos, que parecía llevar la voz cantante, contaba con una libreta y daba órdenes a los demás. Primero se acercaban a él para oír las instrucciones, después recogían de los cestos lo que parecía comida y finalmente cada uno se dirigía a una casa de esa zona.

El hombre de la libreta emitió un sonido parecido al ulular de un búho que reverberó por toda la calle. Y a los pocos minutos vieron como decenas de vecinos bajaban al portal a recibirles. Más incluso que el día anterior.

Repartieron entre los allí presentes una parte de la comida y volvieron a repetir el proceso en la siguiente zona. Cada vez tenían que volver antes a recargar los sacos y cestos, con el peligro que eso conllevaba, pero es que cada vez había más gente que necesitaba comer...

Afortunadamente, a la vez que bajaban los que la necesitaban también lo hacían los que la donaban, totalmente fundamentales para que esa cadena de alimentos funcionase. Se la daban a los voluntarios y éstos la guardaban en los sacos que se iban quedando vacíos, para que al día siguiente se organizara y repartiera según la demanda.

Que no pudiera trabajar casi nadie en este momento y el desentendimiento por parte de las autoridades había provocado que muchas familias sin ahorros no tuvieran con qué comprar la comida que todos los días pasaban los guardias, y que sólo si sobraba se la daban.

Muchos de ellos se encontraban al borde de la inanición y con pocas perspectivas. Hasta que un grupo de vecinos, con la ayuda inestimable del boca a boca de los carteros, fue tejendo una red que en cuestión de dos semanas alcanzó a todo Moratalaz.

La ley era clara, y nadie podía salir de sus casas so pena de encarcelamiento, pero la situación era insostenible para muchos. O actuaban jugándose el pellejo y rezando porque no les pillase ni la tormenta ni los guardias o mucha gente podría incluso morir de hambre.

Todos los voluntarios eran conscientes de ello, y pocos abandonaban su labor una vez que empezaban a ver las caras de alivio y gratitud de la gente.

De lo que no eran conscientes es de que una parte de los guardias sabía perfectamente lo que hacían, cuándo y dónde lo hacían y cómo lo hacían. Una especie de secreto a voces que permitía que el sistema funcionase, cada uno encargándose de su parte.

Las historias y enseñanzas de la vecina cuentacuentos no hizo sino animar a más gente a ayudarles, por poco que pudieran hacer. Esa señora estaba consiguiendo que los vecinos se sintieran orgullosos de pertenecer a Moratalaz y que desearan poner su granito de arena para ayudar en esta situación.

Llegó las ocho de la tarde y como todos los días la voz de la vecina comenzó a oírse por todo Moratalaz.

Empezó contando la historia, más bien leyenda, de Ícaro, y como quiso acercarse demasiado al sol. Al final, sus alas, que estaban hechas de plumas y cera, se derritieron al acercarse tanto al astro rey, acabando con la vida del joven.

No era de sus cuentos más alegres pero la moraleja era bien sencilla. Al acabar, sin embargo, no se despidió como todos los días. Hizo una breve pausa y a continuación dio la que posiblemente era una de las noticias más esperadas: había un plan para empezar a salir a la calle. Y que fuera bien o no iba a depender enteramente de la colaboración de los vecinos.

La vecina cuentacuentos dio todos los detalles para que se pudieran organizar y durante los siguientes días todo Moratalaz se puso manos a la obra.

Cada uno desde su casa cogía las sábanas y telas que no eran esenciales, las juntaba bien remendadas para que no se separasen y las teñían de marrón con productos que todo el mundo tenía en sus casas: café, vinagre y sal. Que la tela fuera oscura era esencial, pues al parecer cuando los hechiceros investigaron la viabilidad de esta propuesta, los colores oscuros no dejaban pasar prácticamente nada la radiación.

Los guardias iban de un lado para otro midiendo las distancias entre los bloques, valiéndose de un magnífico artilugio de los hechiceros. Luego pasaban todas sus notas al Cuartel General de la Guardia y desde ahí se recibía todo el material que se iba produciendo. El cual traían los voluntarios invidentes, que además de eso organizaban las zonas y la cantidad de material que faltaba.

Finalmente, con todo el material en el Cuartel General organizado por áreas, llegó el momento decisivo...

Los equipos al completo de hechiceros, guardias e invidentes cogieron las enormes telas y, perfectamente organizados, cada equipo se dirigió a un punto distinto de la ciudad, llegando en una primera tanda a una buena parte de ella.

Dispusieron las telas en el suelo, lo más estiradas posible, y se retiraron para dejar paso a los hechiceros.

Con un sencillo toque de muñeca y unas cuantas palabras

inaudibles la lona empezó a levitar y alcanzar altura. Los hechiceros la mantuvieron unos segundos a unos diez metros del suelo, donde ya no estorbaban los árboles, y con otro giro seco de muñeca consiguieron estirarlas por completo, cuadrándose más la forma que tenían que cubrir.

Poco a poco las fueron subiendo hasta alcanzar el tejado de cada bloque. De repente, uno de los guardias, ataviado con un bombo, empezó a aporrear el instrumento violenta pero rítmicamente. Cuando a los pocos segundos una marabunta de personas salieron a las azoteas provistos de martillos y clavos de forja. Todos sabían bien qué hacer, así que una vez que los hechiceros cuadraron bien las telas los vecinos empezaron a fijarlas.

Acabada su labor, volvieron todos a meterse en sus casas y los hechiceros se prepararon para rematar el trabajo. Con estos últimos sortilegios, según había explicado la vecina cuentacuentos, se conseguiría que la tela aguantase mucho más y que sirviese mejor a su propósito.

Durante unos instantes el tejido empezó a brillar tímidamente, más bien como un reflejo; y un sonido parecido al de un zumbido salió de la tela. En ese momento los hechiceros sacaron un artilugio muy parecido al usado contra las tormentas y apuntaron a la lona. Un fino haz de luz salió proyectado de cada instrumento y al impactar en el tejido éste brilló con mucha más intensidad.

Y de repente, diez segundos después, se apagó el haz de luz y la tela dejó de brillar.

Los hechiceros se miraron unos a otros, en silencio. Y lo mismo hicieron los demás.

Finalmente, uno de ellos que parecía ser el jefe, aunque bastante joven, arrancó en vítores y aplausos. Y acto seguido los demás explotaron de alegría. "Lo habían conseguido".



Capítulo 11

Gregoria no se lo podía creer. Lo habían hecho...

Como todos los demás, bajó tan pronto escucharon a los hechiceros empezar a aplaudir. Era la señal de su libertad. La escalera se llenó de pasos provenientes de todas las direcciones y vio como sus vecinos la pasaban por el lado alegremente, algunos de ellos abrazándola de la emoción. Cuando llegó a la puerta del portal se paró en seco, cerró los ojos y la abrió a tientas. Atravesó el umbral del portal con los ojos en todo momento cerrados y avanzó un par de pasos ya en la calle.

La brisa fresca de la tarde meció sus cabellos y acarició sus mejillas. Llevaba consigo además los sonidos de los tan añorados niños y las risas de la gente.

Tomó aire profundamente y exhaló en una sonrisa. Y abrió los ojos. Y vio como la gente volvía a la vida de repente. Como las nubes oscuras del cielo nada tenían que ver con el clareado cielo de esperanza que se les acababa de regalar, que acababan, todos, de conquistar.

Los guardias, también eufóricos, saludaron a los vecinos y les recordaron no acercarse demasiado a los bordes de los islotes. Y es que Moratalaz había sido dividido en docenas de islas, compuestas por los bloques más cercanos entre sí. Gracias al

diseño de la ciudad, con tantas zonas interbloque, había sido posible colocar las telas y crear macro manzanas, pero muchas de ellas permanecían aisladas entre sí. Y nadie podía ir de una zona a otra.

Gregoria reconoció a muchos de sus vecinos que llevaba tiempo sin ver y se fundió en un abrazo con todos ellos. Muchos tenían la apariencia cambiada: unos más flacos, otros más rellenitos, la mayoría con largos pelos, barbas sin cuidar... Pero eran ellos, y por fin podía verlos. Estaba tan feliz...

Pasada la euforia inicial se acordó de su hijo y su familia, de su sobrina y de sus dos amigas. Sin embargo, para su desgracia, rápidamente se esfumó su ilusión, pues tan sólo en su zona podía ver a su sobrina y a una de sus amigas. "Por lo menos a ellas sí" – se dijo intentando centrarse en lo bueno.

Cuando vio a su sobrina la notó estupenda. Y más cuando la reveló que estaba embarazada. No podía entretenerse mucho porque aún quería ver a su amiga. Así que la invitó a ella y su novio a comer al día siguiente y se despidió con un fuerte abrazo.

Poco faltaba para que se fuese el sol y Gregoria apretó el paso hasta llegar a la casa de su amiga y su marido. Miró antes en la calle, por si los veía, y al no distinguirlos entre la muchedumbre subió directamente a su piso.

Golpeó la puerta una vez, y dos, y tres, pero nadie salía a abrirla. Volvió a intentarlo, gritó su nombre pero nada. Gregoria empezaba a desesperarse.

De pronto la puerta de la vecina de al lado se abrió, y una mujer menuda la miró primero extrañada y después con unos ojos donde se podía distinguir melancolía.

_ Lo siento mucho señora – se arrancó a hablar la mujer – si busca al matrimonio que vive aquí desgraciadamente los sanitarios se los llevaron hace más de un mes. Y no han vuelto aún... Lo siento mucho, de veras – durante unos segundos permanecieron en silencio hasta que la mujer se volvió a meter en su casa, dejando a Gregoria abatida en el descansillo, rota de dolor.

Antonio miró a su alrededor orgulloso, no se lo podía creer. Había funcionado y la gente por fin podía salir a la calle y hacer vida bajo las lonas. Algo que hace un año habría sido una tontería y sin embargo ahora significaba tanto para todos...



Poco a poco las calles se fueron despejando y la gente terminó por retirarse a sus casas, contentos de poderse ver al día siguiente.

Parecía que la situación empezaba a pintar de otra manera. Seguían librando la guerra contra la tormenta y aún no tenían manera de saber si estaba funcionando lo que estaban haciendo, pero confiaba en ello.

Como no podía ser de otra manera Antonio acabó aceptando ser el relevo de su jefe, y desde el primer minuto se echó al equipo encima y toda la responsabilidad de su cargo.

Aprovechando su nombramiento y su libertad de acción pudo trasladar y aleccionar a sus superiores para que se llevase a cabo el plan de cubrir Moratalaz. Gracias también a que su equipo preparó en un tiempo record una serie de evidencias que respaldaban el plan.

Tenía mucho que aprender aún, demasiado tal vez, pero si el Gran Hechicero le había elegido como sustituto de su jefe por lo que había visto en él, debía ser fiel a sus creencias hasta el final. De camino a casa pasó por delante del portal de Gregoria y decidió hacerla una visita, a fin de cuentas había mucho que celebrar y le había cogido mucho cariño a la que ya era su amiga. Pero para nada se esperaba encontrarla devastada y con un humor totalmente irreconocible.

Cuando le contó lo de su amiga y su marido no pudo más que darla un abrazo y sentirlo profundamente, recordando de repente ese día en el que la mujer le pidió buscar a sus dos amigas, y que había olvidado por completo.

_ Hemos perdido a muchos Gregoria – el joven cogió las manos de la mujer y le habló con toda la ternura que pudo – y por el momento seguiremos perdiendo a gente... Por eso lo que estamos construyendo, entre todos, no puede quedarse a medio camino. No podemos decaer ni tirar la toalla justo ahora, que lo tenemos tan cerca. Porque si ellos murieron por culpa de esta tragedia, nosotros viviremos y seremos felices para vengarles. Y demostrar a esta cruel tormenta que, teniéndonos los unos a los otros, y pudiendo confiar en el de al lado, no habrá cataclismo que nos pare, que frene nuestras rabiosas ganas de vivir.

Gregoria, que le había escuchado atentamente, se limpió las lágrimas con la manga y miró fijamente a Antonio. Una mano voló a la mejilla del chico y le acarició con dulzura.

_ Gracias por tus palabras jovencito. Muy sabías para tu edad – una sonrisa empezó a dibujar su boca, luchando por aislar la tristeza – Como se nota que ya eres todo un líder... Antonio le devolvió la sonrisa y se fundió en un abrazo con su amiga.



Capítulo 12

<< La vida comenzó a florecer en las calles tan rápido como el ánimo de los vecinos.

Cada día nuevo que pasaba nos cambiaba las caras, decorándonos con más sonrisas.

La llamada nueva normalidad bajo las sombras cambió nuestro modelo de relacionarnos, de conocernos y de ayudarnos.

Al principio no todos éramos muy conscientes de la magnitud de lo que estaba pasando. Pero cuando volvimos a salir, cobijados por las telas, y nos reencontramos, todos pudimos ver todo.

Y nos faltaba gente, y nos faltaba comida, y nos faltaba energía. Pero no nos faltaba coraje, ni tampoco ganas de ayudarnos.

Las personas empezamos a ver más a las otras personas, y a cuidarnos entre nosotros. Y muchos no éramos familiares, ni tampoco amigos, pero sí compañeros de un lugar y un momento. Y parece que la gente comprendió eso...

Porque a los pocos días que nos dimos cuenta que había gente sin nada para comer, montamos varios tenderetes para que pudiesen recoger comida. Ya sin ocultarnos en las sombras de la noche.

Porque aún había vecinos que se estaban recuperando de la enfermedad, volviendo sus ojos también a la claridad, y había legiones de voluntarios dispuestos a ayudar.

Porque los hechiceros seguían trabajando sin descanso cada vez que aparecía una tormenta; los sanitarios trabajaban sin descanso cuidando a los enfermos más grave y desarrollando un suero que remitía los síntomas; y los guardias velaban sin descanso para que nadie se expusiera en una zona peligrosa. Y así, poco a poco, fueron pasando los días, y luego las semanas y finalmente los meses...

Y en ese tiempo la gente pudo volver a trabajar y a verse gracias a pasarelas, que se fueron creando por toda la ciudad para unir las isletas.

Y gracias a la persistencia y buen hacer de los hechiceros, las tormentas empezaron a remitir en intensidad y aparición. Y el cielo cada vez parecía más claro, aunque aún no se pudiera observar.

Y las familias se volvieron a unir y a recordar juntos a los caídos, valorando aún más la suerte que tenían de volverse a ver, a besar y a abrazar.

Y en esto que se cumplió un mes desde la última tormenta, y llegó por fin el día... ese que conmemoramos hoy justo, un año después...>>

En ese momento Gregoria no pudo evitar emocionarse al ir posando su mirada en cada uno de los allí presentes, toda la ciudad prácticamente.

Vio los ojos de orgullo, amor y emoción de su familia; los de Antonio que la miraban con una complicidad repleta de ternura; los de su amiga que tanto había sufrido por ella y que a diferencia de la desafortunada pareja de amigos había conseguido vencer a la enfermedad; los de los carteros que habían hecho tanto con sus cartas; y a los de tantos y tantos voluntarios para hacer un Moratalaz mejor, tantos y tantos como vecinos había.

<< Un día como éste – prosiguió Gregoria con lagrimones de emoción que le resbalaban por la mejilla – con el cielo despejado y el sol de un radiante intenso, el Gran Hechicero salió de la fortaleza en medio de todo el ajeteo del día a día y, con un toque a su garganta, amplió su voz por encima de todos los demás sonidos.

Mayores y pequeños enmudecieron primero al percatarse de la insólita presencia.

“Tras meses de confinamiento”, dijo con su voz profunda y potente. “Y gracias al gran trabajo de todos... podemos decir que estamos libres de todo peligro. Por tanto... ¡que se abran los cielos para nosotros!”, anunció con una enorme sonrisa coronando su semblante.

Todos, entre las que me incluyo, aguantábamos la respiración. Pero poco nos duró, pues en cuestión de segundos aparecieron absolutamente todos los hechiceros, en activo y retirados, en las azoteas de las casas. Empezaron a recitar sortilegios y en cuestión igualmente de segundos desplegaron su potente magia y recogieron todos los toldos de una vez.

La luz entró de nuevo a nuestras vidas como el último de los regalos que nos aguardaba el destino. El cielo se tendía ante nosotros con una claridad digna de un lienzo listo para pintar. Y el sol rugía poderoso mostrándonos su fuerza tanto tiempo anulada.

La vida, tal y como la conocemos, había vuelto a su curso. Sin embargo nosotros no éramos los mismos... no somos los mismos...

Porque nosotros hemos aprendido a estar unidos y a apreciar cada día que se nos regala; a disfrutar de algo tan simple pero tan reconfortante como una brisa, un rayo de sol, un abrazo, una historia, una canción...

Juntos, podemos afrontar esto y mucho más.

Juntos, sólo juntos, conseguiremos siempre, tarde mas o tarde menos, ver de nuevo la luz del sol>>

Fin

Escrito por Alberto Barberá

Diseñado por Silvia Barberá

